LITURGIA Y CATECESIS

Robert Kramer [1]

Liturgia y catequesis: este tema ha adquirido una nueva importancia con lo que se conoce como la renovación de la liturgia, sobre todo porque, a partir de ahora, esta puede verse interrumpida en varias ocasiones por una «instrucción litúrgica». ¿Cuál es la relación entre la liturgia y la catequesis? ¿Debe la liturgia ser en sí misma catequética? ¿Es fiel la liturgia a su objetivo cuando se convierte en catequesis? ¿Qué lugar debería ocupar la liturgia en el marco de la enseñanza catequética? ¿Puede transmitirse la liturgia de forma catequética?

Para intentar dar una respuesta pertinente a estas y a muchas otras preguntas, comenzaré por exponer algunas reflexiones sobre la esencia de la liturgia y la catequesis, así como sobre sus relaciones mutuas. En una segunda etapa, presentaré algunos aspectos de la transmisión de la fe en la liturgia y en la catequesis. Podremos entonces examinar cómo se lleva a cabo, en la liturgia romana tridentina tradicional, esta transmisión de la fe, ya sea en la imagen que ofrecía del sacerdote, en la unidad de la palabra o incluso en la acción y la forma del rito; para ello, nos basaremos en una serie de textos litúrgicos y en los elementos constitutivos del Canon Romano y su doctrina. Por último, esbozaremos algunas reflexiones sobre la introducción catequética a la liturgia: comenzaremos por estudiar la forma en que se presenta la liturgia en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, presentación que debe considerarse como el marco de la instrucción catequética; a continuación, intentaremos mostrar, partiendo de la Misa entendida como actualización del sacrificio de la Cruz, en qué podría consistir, para los jóvenes, una introducción catequética a la liturgia.

1. La liturgia: ¿una especie de catequesis?

1. La esencia de la liturgia: obra de Dios y de la Iglesia

¿Qué se entiende por «liturgia»? Según el *Catecismo de la Iglesia Católica,* «la palabra "liturgia" significa originalmente "obra pública", "servicio por parte del pueblo o en favor de él"». En la tradición cristiana, significa que el pueblo de Dios participa en la "obra de Dios". A través de la liturgia, Cristo, nuestro Redentor y Sumo Sacerdote, continúa en su Iglesia, con ella y por medio de ella, la obra de nuestra redención» (1069).

---

[1] Conferencia pronunciada durante el séptimo coloquio del CIEL, del 8 al 10 de noviembre de 2001, en Versalles.

La constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II también relaciona estas dos facetas de la liturgia: obra de Dios y obra de la Iglesia: «Por eso, con razón se considera que la liturgia es el ejercicio de la función sacerdotal de Jesucristo, ejercicio en el que la santificación del hombre se manifiesta mediante signos sensibles y se realiza de manera propia a cada uno de ellos, y en el que el culto público e integral es ejercido por el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, por la Cabeza y por sus miembros. Por consiguiente, toda celebración litúrgica, en cuanto obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es la acción sagrada por excelencia, cuya eficacia ninguna otra acción de la Iglesia puede alcanzar en el mismo sentido ni en el mismo grado» (*SC* 7).

Por último, según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «la liturgia es también participación en la oración de Cristo, dirigida al Padre en el Espíritu Santo» (n.º 1073). Por eso, además, el «oficio de las horas» y la «oración litúrgica» forman igualmente parte de la liturgia.

Dado que, en la actualidad, la «liturgia» se considera a menudo, ante todo, como una obra de los hombres, es indispensable subrayar que es, *ante todo,* obra de Dios. Por eso, el cardenal Ratzinger no deja de repetir que la liturgia no es algo hecho por los hombres, sino una participación en la liturgia celestial: «Así pues, la liturgia terrenal es y solo es liturgia porque penetra en lo que ya está ocurriendo, en lo que es más grande que ella» . [2] —en este caso, más concretamente, la liturgia celestial. En este sentido, el cardenal Ratzinger también puede afirmar:

> Si el cielo no está abierto, lo que era liturgia acaba reduciéndose a un juego de roles, a la búsqueda, en definitiva insignificante, de una afirmación comunitaria de sí misma en la que, fundamentalmente, no ocurre nada […] La liturgia es obra de Dios o no es; debido a esta primacía absoluta otorgada a Dios y a su obra […] toda liturgia es universal, tiene un carácter «público e integral» y no puede entenderse a partir de la categoría de «asamblea» *(Gemeinde)*[3], sino únicamente a partir de las categorías de «pueblo de Dios» y «Cuerpo de Cristo». [4]

Todas estas reflexiones se refieren no solo a la Santa Misa, sino también a todos los actos litúrgicos y, por tanto, en particular a la administración de los sacramentos o a la «oración de las horas» (breviario). Dicho esto, en este documento, cuando hablemos de «liturgia», nos referiremos

---

[2] *El espíritu de la liturgia,* Ad Solem, Ginebra.

[3] «Cabe recordar aquí que el término "comunidad" —que tiene su origen en la tradición reformada— no puede traducirse a la mayoría de las lenguas. En las lenguas románicas, su equivalente es "asamblea", pero este término conlleva un matiz diferente» (*ibíd.,* p. 172).

[4] *Ibíd.,* p. 171.

trataremos esencialmente del sacrificio de la Misa, y siempre será en este marco donde abordaremos el tema «liturgia y catequesis».

Puesto que hemos optado por estudiar la misa en cuanto que constituye el corazón de la liturgia, ello implica que debemos considerar que el «sacrificio» y la «adoración» pertenecen a la esencia de la liturgia. En su libro **Der Geist der Liturgie** ,[5], el cardenal Ratzinger recuerda que, con demasiada frecuencia, se ha considerado, erróneamente, que el «sacrificio» no era más que algo negativo, es decir, la destrucción de algo. Sería más acertado decir:

> La verdadera transferencia de propiedad a Dios […] consiste […] en la unión del hombre y de la creación con Dios. No hay nada en común entre la pertenencia a Dios y la destrucción o la inexistencia; pertenecer a Dios es, por el contrario, una forma de ser: es salir del estado de separación, de la aparente autonomía, es dejar de estar para uno mismo y en uno mismo; pertenecer a Dios es renunciar a uno mismo, lo cual es la única manera de encontrarse a uno mismo (cf. Mc 8, 35; Mt 10, 39).[6]

El objetivo de la liturgia y del sacrificio que en ella se realiza es, por tanto, la divinización del hombre y del mundo —una obra cuyo origen solo puede estar en Dios y en la que el hombre debe, en cierto modo, penetrar para ser salvado—. Fundamentalmente, es Cristo mismo quien, en primer lugar, realiza el sacrificio. Nosotros, los hombres, solo podemos participar en una segunda etapa.

1.2 *La esencia de la catequesis: la transmisión de la fe por parte de la Iglesia*

La «catequesis» es, ante todo, la transmisión de la fe.[7] A este respecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* cita la Carta apostólica *Catechesi tradendae* (1979) de Juan Pablo II: «La catequesis es una educación en la fe dirigida a niños, adolescentes y adultos, y consiste esencialmente en una presentación de la doctrina cristiana, expuesta generalmente de manera orgánica y sistemática, para introducir a quienes la aprenden en la plenitud de la vida cristiana» (*CT* 18).

En este sentido, la «catequesis» es una tarea que debería acompañar al fiel a lo largo de toda su vida. El *Directorio general para la catequesis,* publicado en 1997 por la Congregación para el Clero, presenta los cuatro componentes fundamentales de la catequesis, que se corresponden

---

[5] Friburgo 2000.

[6] *Ibíd.,* p. 23.

[7] Cf. *CEC* 4-10.

que, por otra parte, coinciden con lo que enseñan el *Catecismo de la Iglesia Católica* y toda la tradición catequética: desarrollar la fe, introducir en la liturgia, impartir formación moral y enseñar a orar correctamente .[8] A estas cuatro tareas, el directorio añade otras dos: la de «la educación para la vida comunitaria» (incluida la dimensión ecuménica) y «la iniciación a la misión» (incluido el diálogo interreligio).[9]

La «educación litúrgica», que nos interesa aquí en primer lugar, no se presenta como algo que consista simplemente en enseñar el significado de la liturgia y los sacramentos; también debe conducir «a la oración, a la acción de gracias, a la contrición, a la petición confiada, al espíritu comunitario y a la comprensión del lenguaje simbólico».[10]

Según el *Catecismo de la Iglesia Católica,* el corazón de la catequesis es Cristo. Por ello, cita a nuestro Papa (*CEC* 426):

> En el corazón de la catequesis encontramos esencialmente a una Persona, la de Jesús de Nazaret, Hijo único del Padre […], que sufrió y murió por nosotros y que ahora, resucitado, vive con nosotros para siempre […] Catequizar […], es revelar en la Persona de Cristo todo el designio eterno de Dios. Es tratar de comprender el significado de los gestos y las palabras de Cristo, de los signos que Él realizó. »[11]

A continuación, el *Catecismo* cita de nuevo al Papa (*CEC* 427):

> En la catequesis se enseña a Cristo, Verbo encarnado e Hijo de Dios; todo lo demás se enseña en referencia a Él; y solo Cristo enseña; todo lo demás lo hace en la medida en que es su portavoz, permitiendo que Cristo enseñe por su boca […]. Todo catequista debería poder aplicar a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado» (Jn 7, 16) (*CT* 6).

Vemos, pues, que el término «catequesis» es un concepto doble: nos aparece, en primer lugar, como una obra del hombre o, más precisamente, de la Iglesia. Pero, fundamentalmente, es Cristo mismo quien debe estar actuando en la catequesis. Y esto nos lleva a un problema central de la catequesis actual. Con demasiada frecuencia, se queja de que ella

---

[8] *Directorio general para la catequesis,* n.º 85.

[9] *Directorio general para la catequesis,* n.º 86.

[10] Véase *ibíd.,* n.º 85; esta cita procede del *Allgemeines Katechetisches Direktorium* de 1971, n.º 25b

[11] *CT* 5.

es infructuosa; pero ¿no se debe esto al hecho de que, lamentablemente, demasiadas personas enseñan «en su propio nombre »[12] en lugar de enseñar en nombre de Aquel que las ha enviado?

1.3 *Las relaciones entre liturgia y catequesis: sus ámbitos propios y su enriquecimiento mutuo*

Consideremos ahora las relaciones entre la liturgia y la catequesis. En primer lugar, se observa que aquí nos encontramos ante dos dimensiones diferentes. Una «liturgia» digna de ese nombre es, ante todo, «obra de Dios»; solo en segundo lugar es obra del hombre. Su lugar es el altar. En cuanto a la catequesis, es transmisión de la fe, enseñanza y, por tanto, fundamentalmente, acción del hombre. Su lugar propio es el púlpito.

La liturgia actual ha ampliado desmesuradamente la «instrucción litúrgica» en la misa. [13] Es cierto que, para justificar el mantenimiento de la antigua lengua litúrgica latina, el propio Concilio de Trento había afirmado:

> «Aunque la misa contiene una gran enseñanza para el pueblo fiel, a los Padres no les pareció conveniente que se celebrara aquí y allá en lengua vulgar», este Concilio no por ello dejaba de prescribir: «El santo concilio ordena a los pastores y a todos los que tienen a su cargo almas que den con frecuencia, durante la celebración de las misas, por sí mismos o por medio de otros, algunas explicaciones basadas en los textos leídos en la misa y, entre otras cosas, que aclaren el misterio de este sacrificio, sobre todo los domingos y días festivos . [14]

Sin duda, aquí se hace referencia a la predicación. Por otra parte, además de la homilía, la «nueva liturgia» ofrece otras cuatro ocasiones al sacerdote para realizar «catequesis»: al comienzo de la misa del día (una introducción general), antes de la lectura (una introducción a la liturgia de la Palabra), antes del Prefacio (una introducción al Canon) y, por último, algunas indicaciones antes de la despedida de la asamblea. Estas intervenciones catequéticas, así como las múltiples posibilidades de improvisación durante la mis e [15], nos permiten afirmar que la «nueva liturgia» es una «liturgia catequética», mientras que la liturgia romana tridentina

---

[12] Véase Jn 7, 18.

[13] Sobre lo que sigue, véase Walter LANG: «Die Korrekte Zelebration des "Novus Ordo" — worauf Katholiken bestehen können (unter Berücksichtigung der *Institutio generalis 2000*)», cuaderno n.º 3 de la serie: *Pro Sancta Ecclesia — Initiative katholischer Laien und Priester e.V.*, Múnich 2000.

[14] *Ibíd.,* p. 5, nota 10: Concilio de Trento, sesión [22], cap. 8 (DS 1749), y cap. 9 (DS 1759).

[15] *Ibíd.,* p. 13: Posibilidades de improvisación como sacerdote: la homilía (el sermón), el Kyrie, las oraciones; como presidente: las *monitiones* cuando invita a los fieles a hacer su examen de conciencia, antes de la oración sobre las ofrendas, como introducción al *Padrenuestro,* antes de la oración por la paz y cuando invita a los fieles a intercambiar un signo de paz.

La liturgia tradicional es una «liturgia mística», para la cual la catequesis no forma parte de la liturgia en sentido estricto.

No obstante, en ambos ritos existe una relación entre «liturgia» y «catequesis». El *Catecismo de la Iglesia Católica* llega incluso a afirmar que la liturgia es «el lugar privilegiado de la catequesis del pueblo de Dios». [16] Y cita una vez más la carta apostólica del Papa sobre la catequesis: «La catequesis está intrínsecamente ligada a toda la acción litúrgica y sacramental, pues es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Cristo Jesús actúa en plenitud para la transformación de los hombres ».[17]

Pero, ¿qué se entiende cuando se afirma que la liturgia es «el lugar privilegiado de la catequesis del pueblo de Dios»? ¿Significa esto que el pueblo de Dios es catequizado por la liturgia? ¿O simplemente que el lugar privilegiado de la catequesis se sitúa en el marco de la liturgia de la misa, concretamente en la homilía? Si consideramos la «liturgia renovada», hay que admitir que este rito pretende ser efectivamente catequético. Pero, a juzgar por lo que ha dicho el Papa, hay que considerar más bien que la catequesis —tal y como lo exige, por otra parte, toda la tradición— debe tener en cuenta toda la acción litúrgica y sacramental, porque es allí donde Jesucristo está verdadera y auténticamente actuando.

Por supuesto, también se puede decir que, a través de su obra sacramental, Cristo actúa de manera «catequética» en la Eucaristía. Además de esta acción «catequética» de Cristo, existe la «catequesis litúrgica de la Iglesia», que es una «mistagogia», la cual «tiene por objeto introducir en el misterio de Cristo, pasando de lo visible a lo invisible, del significante al significado, de los "sacramentos" a los "misterios". » [18] Por lo tanto, podemos decir que, desde el punto de vista de Cristo, la liturgia transmite real y esencialmente la fe, y que, desde el punto de vista de la Iglesia, este rito está concebido para conducir a los fieles a la fe. La liturgia es un vehículo de transmisión de la fe y, en este sentido, es «catequética»; en cuanto a la catequesis, uno de sus principales objetivos es introducir a la celebración de la Santa Misa.

2. La transmisión de la fe en la liturgia y en la catequesis

Creo que las consideraciones anteriores nos han permitido definir el marco en el que podemos profundizar nuestra reflexión sobre la transmisión de la fe en la liturgia y en

---

[16] *CEC*, n.º 1074.

[17] *Ibíd.,* n.º 1074, inspirándose en *CT* 23.

[18] *CEC,* n.º 1075.

la catequesis. Para empezar, vamos a estudiar más detenidamente cómo se transmite la fe a través de la liturgia.

2.1 *La obra de Dios en la liturgia: transmisión sustancial de la fe*

Sabemos que quien actúa verdaderamente en la liturgia es Cristo. Él es a la vez víctima y sacrificador. En la Cruz y en el altar tenemos «una misma víctima y un mismo sacrificador (sacerdote) »,[19] tal y como afirma el Concilio de Trento. Esta acción de Cristo se refiere, en primer lugar, al acto sacrificial (la consagración); continúa en la comunión, pero también debe extenderse a la liturgia de la Palabra (o Introducción), en la que tiene cabida la «Palabra de Dios».

Sin embargo, hablar de la actualización del sacrificio de la Cruz no significa simplemente que este acontecimiento se haga presente en el altar; significa también que se nos concede lo que Cristo nos ha adquirido con su muerte en la Cruz. Tradicionalmente, se suele hablar aquí del don de los «frutos del sacrificio». Estos frutos del sacrificio redentor son: 1. los frutos generales de la misa, que se conceden, independientemente de la intención del celebrante, a toda la Iglesia, a los fieles vivos y a las almas del purgatorio (véanse las antiguas oraciones del Ofertorio); 2. los frutos particulares de la misa, que se conceden a aquellos por quienes se celebra especialmente la misa, ya sean vivos o muertos (véanse las oraciones del Canon antes y después de la Consagración), sin que la obtención de estos frutos deba considerarse un derecho adquirido por el hombre, sino algo que se pide; y 3. los frutos personales de la misa, que se conceden al celebrante y a todos los que participan en el sacrificio .[20]

2.2 *El rito: respuesta del hombre – Presentación doctrinal de la fe (palabra, acción y forma del rito)*

Cuando hablamos de «transmisión de la fe» en la liturgia, esto incluye también la respuesta que da el hombre a la acción de Dios. En lo que respecta al sacrificio de la Misa, Cristo, de hecho, solo ha dado el núcleo esencial de esta celebración. La forma exterior —el rito— fue creada por la Iglesia: como hemos visto, esta quiere, a través de estas formas exteriores, «introducir [a los fieles] en el misterio de Cristo, pasando de lo visible
hacia lo invisible, del significante al significado, de los “sacramentos” a los “misterios”. »[21] Pensemos por

---

[19] Concilio de Trento; citado aquí según Anselm SCHOTT OSB: *Das vollständige Römische Meßbuch,* Friburgo 1941, p. 1*.

[20] Véase OTT: *op. cit.,* pp. 491-492.

[21] *CEC,* n.º 1075.

por ejemplo, las palabras pronunciadas, los cantos y la música, las diferentes posturas (de rodillas, sentados, de pie, con las manos juntas, actitud de orante), el beso del altar y el signo de la paz, las signaciones de la cruz, las genuflexiones, el saludo: «¡El Señor esté con vosotros!», dirigida a los fieles, y a muchas otras cosas más; todos estos signos y gestos tienen por objeto conducir de lo visible a lo invisible.

2.3 *La catequesis litúrgica: comprender el rito y vivir según el espíritu de la liturgia*

Como hemos dicho, la catequesis tiene como objetivo transmitir la fe. Cuando introduce a la liturgia, puede llevar a cabo esta transmisión de manera concreta y evidente.

En primer lugar, al contemplar la liturgia, podemos descubrir lo más importante de la vida: ¡glorificar a Dios y adorarlo! ¿Acaso los Ejercicios Espirituales de san Ignacio no comienzan con estas palabras: «El hombre ha sido creado para alabar, reverenciar y temer a Dios y, por ello, salvar su alma»?

En segundo lugar, esta actitud teocéntrica objetiva que caracteriza a la liturgia es, al mismo tiempo, inseparable de la dimensión comunitaria. En 1933, en la Introducción a su *obra *El Año de la Salvación* ,* [22], Pius Parsch, uno de los líderes del movimiento litúrgico en Austria durante la primera mitad del siglo XX, precisó y subrayó hasta qué punto era importante pasar de una disposición puramente subjetiva y egoísta a una devoción que estuviera en relación con la comunidad y cuyo modelo fuera la liturgia.

Para Pius Parsch, una «vida auténticamente litúrgica» debe basarse en tres pilares: «La vida divina, la Eucaristía y la Iglesia». [23]. Sobre la Iglesia, escribía:

> Debemos redescubrir que la Iglesia es nuestra Madre, que es el Cuerpo místico de Cristo, la esposa santa e inmaculada. Nos presentamos ante Dios no como individuos autónomos, sin vínculo con los demás, sino en la comunión de la Iglesia santa. No soy más que un pobre pecador, pero, al ser miembro de la Iglesia, soy santo e inmaculado. Por eso busco la comunión en todo mi actuar litúrgico, en la oración, en el sacrificio, en la vida. Así, la comunión de los santos se convierte para mí en un importante artículo de fe: la comunión con los que moran en el cielo, la comunión entre todos los cristianos. ¡Guardiémonos bien de aislarnos! *¡Vae soli!* (¡Ay de los que están solos!). En la época del individualismo, se creía que la personalidad lo era todo, y que lo común nacía de la comunidad,

---

[22] *Ibíd.*; cf. *Klosterneuburger Liturgiekalender für immerwährenden Gebrauch,* vol. 1. (Tiempo de Navidad), Klosterneuburg, 1933.

[23] *Ibíd.,* p. 8.

que era la comunidad. Los titanes del superhombre creían poder construir la torre que alcanzaría el cielo: «¡Seréis como dioses, distinguiendo el bien del mal!». Los frutos de esa semilla diabólica fueron el subjetivismo, el racionalismo, el nacionalismo, el materialismo […] Debemos volver a la comunión, a la comunión religiosa, a la comunión del pueblo. Allí aún habrá mucho por hacer para apartar al hombre de la tentación de encerrarse en sí mismo, de aislarse de los demás, de cavar fosos entre él y los demás y de alimentar el orgullo de clase. Pero, más concretamente, el espíritu de comunión reviste una importancia crucial para el modo de vida litúrgico . [24]

Lo que me parece especialmente interesante de estas observaciones es la admiración casi ilimitada que Pius Parsch siente por la dimensión comunitaria. He profundizado en esta cuestión en un ensayo titulado: *«De* la "misa de la asamblea" a la "misa de la comunidad*": un camino hacia el más allá* »[25], en el que he intentado analizar por qué el paso de la «misa de la asamblea» a la «misa de la comunidad» nos ha acarreado los problemas que actualmente nos plantea la liturgia. En mi opinión, fue el énfasis excesivo que puso el «movimiento litúrgico» del siglo XX en la dimensión comunitaria lo que condujo a una concepción restrictiva de la liturgia. La liturgia no es simplemente algo que viene determinado por la asamblea; también viene determinada por el individuo —el sacerdote que celebra la Eucaristía *in persona* Christi—, pero también por cada uno de los fieles que, individualmente, debe participar en la oblación que Cristo hace de sí mismo al Padre. En este sentido, una «vida litúrgica» debe conservar los dos polos: el comunitario y el individual.

3. La transmisión de la fe en la antigua liturgia romana tridentina

Consideremos ahora la liturgia romana tridentina tradicional para ver qué papel desempeña en ella «la comunidad» y cómo se lleva a cabo la transmisión de la fe.

3.1 *El sacerdote está «apartado» — Distinción entre sacerdocio sacramental y sacerdocio general*

Lo que más llama la atención es que, para el sacerdote, la Santa Misa no es, ni de forma prioritaria ni exclusiva, una «liturgia de la comunidad». A diferencia de la «nueva liturgia», en la que el sacerdote actúa como «presidente» de una celebración

---

[24] *Ibíd.,* pp. 9-10.

[25] « De la "Misa comunitaria" a la "Misa de la parroquia": un camino hacia el margen», en: *Escritos de los Círculos de Iniciativa...,* n.º 24.

comunitaria y en la que, con frecuencia, actúa junto a los fieles y con ellos, en la liturgia tradicional el sacerdote se presenta solo ante Dios, al igual que Moisés fue llamado individualmente a la montaña santa, mientras que el pueblo debía permanecer al pie de la montaña. Asimismo, cuando el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice: «Es toda la *comunidad,* el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, la que celebra e »,[26] precisa claramente: «Pero "no todos los miembros tienen la misma función" (Rom 12, 4) »[27]. Y, en la liturgia tradicional, la primera indicación de ello es que el sacerdote no se acerca a un altar orientado hacia el pueblo («el altar del pueblo») para pronunciar junto con ese pueblo el *Confiteor* y una petición de perdón («Ten piedad de *nosotros*»); por el contrario, al pie del altar, que ocupa un espacio propio en una posición elevada, confiesa su culpa ante sus «hermanos», recibe la confesión que estos hacen de sus propias faltas y, a continuación, les concede el perdón («Que tenga piedad de *vosotros*»). Todo ello refleja claramente que existe una diferencia esencial entre el sacerdocio general y el sacerdocio particular.

La «separación» del sacerdote y su posición particular tienen su fundamento en Cristo: es él, en efecto, quien, por sí solo, ha llevado a cabo la redención de una vez por todas. Esto se manifestaba muy claramente en la vida del Padre Pío, ese padre capuchino recientemente beatificado: en cierto modo «apartado» por sus estigmas, actualizaba día tras día, solo ante el altar, el sacrificio de la Cruz. El Padre Pío estaba tan imbuido de Cristo que se convirtió literalmente en una imagen del Crucificado. Por eso, uno de sus biógrafos pudo señalar acertadamente: «En verdad, en el altar, el Padre Pío fue para nosotros el signo visible, el sacramento de Jesús crucificado». [28]

El *Catecismo de la Iglesia Católica* subraya «el único sacerdocio de Cristo» [29]; menciona «dos participaciones en el único sacerdocio de Cristo» (título del n.º 1546): «el sacerdocio ministerial o jerárquico de los obispos y los sacerdotes y el sacerdocio común de todos los fieles »[30], que están «ordenados el uno al otro» (*LG* 10), pero que «sin embargo difieren esencialmente»: «Mientras que el sacerdocio común de los fieles se realiza en el desarrollo de la gracia bautismal, en la vida de fe, esperanza y caridad, en la vida según el Espíritu, el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común y se refiere al desarrollo de la gracia bautismal de todos los cristianos. Es uno de *los medios* por los que Cristo no cesa de

---

[26] *CEC,* n.º 1140.

[27] *CEC,* n.º 1142.

[28] P. DEROBERT: *Pater Pio - durchsichtig auf Gott hin,* Hovine (Bélgica) 1990, p. 737

[29] Antes del n.º 1544.

[30] N.º 1547.

«... construir y dirigir su Iglesia. Por eso se transmite mediante un sacramento propio, el sacramento del Orden». [31]

Si, en mi opinión, se puede decir de la liturgia romana tradicional que es una «liturgia sacerdotal» y que se presenta como tal, la «nueva liturgia» es más bien una «liturgia comunitaria» y se afirma como tal.

3.2. *El sacerdote actúa* in persona Christi

Es conocida la famosa frase del *Catecismo de la Iglesia Católica*: «El sacerdote, en virtud del sacramento del Orden, actúa *in persona Christi Capitis* —en la persona de Cristo Cabeza ».[32] Se trata de una realidad que Juan Pablo II no deja de subrayar y recordar. Desde 1979, en sus cartas del Jueves Santo dirigidas a todos los obispos y sacerdotes, así como en numerosas audiencias, no ha dejado de reafirmar la verdadera esencia del sacerdocio católico. Se podría decir que la carta apostólica sobre la formación de los sacerdotes, *Pastores dabo vobis,* publicada el 25 de marzo de 1992, sintetiza todo lo que ha dicho sobre la formación de los sacerdotes en nuestra época. En el capítulo 2, el Papa habla de «la esencia y la misión del sacerdocio» y recuerda que «las aportaciones [de los Padres sinodales] han puesto de relieve la conciencia del vínculo específicamente ontológico que existe entre el sacerdote y Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor».

En la misa tradicional, es en el momento de la consagración cuando este «vínculo ontológico» se manifiesta con mayor claridad. En ese momento, el sacerdote no permanece rígido, como en la nueva liturgia; no habla en voz alta, no hace un relato, no cuenta una historia; al contrario, al decir que Cristo tomó el pan, el sacerdote toma el pan; al decir que tomó el cáliz, el sacerdote toma el cáliz; cuando dice que Cristo alzó los ojos al cielo, el sacerdote también alza los ojos al cielo; cuando dice que Cristo dio gracias, el sacerdote inclina brevemente la cabeza; a continuación, como Cristo, bendice el pan haciendo sobre él la señal de la cruz.

3.3 *Unidad de la palabra, la acción y la forma en el rito: el ejemplo de las «oraciones al pie del altar»*

---

[31] N.º 1547.

[32] N.º 1548, con referencia a *LG* 10; 28; *SC* 33; *CD* 11; *PO* 2; 6.

Lo que hace el sacerdote en el momento de la consagración constituye un buen ejemplo de la multitud de signos y símbolos que contiene la liturgia tradicional y que están estrechamente relacionados con las palabras pronunciadas.

Esto se manifiesta también en las «oraciones al pie del altar»; como hemos dicho, se recitan al pie de los escalones que conducen al altar. Este no es un «altar del pueblo» en torno al cual se reúne la «comunidad», sino un altar separado de los fieles y sobre el que se va a presentar el sacrificio debido a Dios —por lo tanto, un «altar de los sacrificios». Aunque el sacerdote actúe *in persona Christi Capitis,* es, ante todo, un pecador que, como todo el mundo, necesita la misericordia divina: por eso él también recita, pero a solas, el *Confiteor,* inclinándose profundamente, mientras que, en la «nueva liturgia», permanece erguido y lo recita junto con el resto de la asamblea. En la liturgia tradicional, el sacerdote recita primero la petición de perdón por sus ayudantes o monaguillos: «Que Dios Todopoderoso os tenga misericordia, os perdone vuestros pecados y os conduzca a la vida eterna», y solo después pide para todos, y por tanto también para sí mismo, «la indulgencia, la absolución y el perdón» de los pecados.

Ya las palabras: *«Introibo ad altare Dei»* dejaban claro que no es «el pueblo» quien ocupa el centro de la misa, sino Dios, lo que subraya bien el hecho de que el sagrario esté situado en medio del altar. Cuando, por fin, el sacerdote sube al altar, la oración que pronuncia entonces: «Borra nuestros pecados, Señor, para que podamos entrar en tu santuario con el alma pura», muestra claramente, una vez más, la separación entre el espacio de la iglesia y el espacio del altar, entre el Santo y el Santo de los Santos. En primer lugar, esta subida al altar recuerda a Moisés, a quien se le pidió que subiera solo a la Montaña Santa, mientras que el pueblo debía permanecer abajo. Solo el altar, el Gólgota místico, permite expresar claramente cuál es la esencia de la Santa Misa, a saber, la actualización del sacrificio de Cristo en la Cruz. Al besar después el altar, el sacerdote rinde homenaje, en primer lugar, a Cristo, que está representado simbólicamente por el altar. Pero este beso expresa al mismo tiempo la reverencia debida al altar de los sacrificios, en el que descansan reliquias de santos, lo que nos recuerda que también los santos participan en la liturgia sacrificial que se va a celebrar. Al mismo tiempo, este beso al altar es una especie de compensación por el beso de Judas, unida a la petición de que permanezcamos fieles a Cristo. Cuando, a continuación, se inciensa el altar, el humo del incienso recuerda el holocausto que se ofrecía en el servicio del Templo, pero también a los Reyes Magos venidos de Oriente que ofrecieron incienso al Hijo de Dios en señal de homenaje. Además, este incienso

nos recuerda que nosotros mismos debemos ser «el aroma agradable de Cristo», como escribe san Pablo en la segunda carta a los Corintios (2, 14).

3.4 *La elección de los textos litúrgicos: el orden de las lecturas*

Las lecturas de la misa son también una ocasión para transmitir la fe, pero, en la liturgia romana tradicional, la concepción que ha guiado la elección de los textos es totalmente diferente de la que prevalece en la «nueva liturgia». A este respecto, Klaus Gamber cita a Pius Parsch, quien, en su Introducción a *El año de la salvación,* escribía: «En el Evangelio, es Cristo quien aparece y nos habla. No consideremos el Evangelio tanto como una enseñanza, sino más bien como una epifanía (aparición) de Cristo. Además, el Evangelio indica la mayoría de las veces cuál es la acción principal del misterio celebrado. »[33] Y Klaus Gamber añade: «Por el contrario, de acuerdo con la concepción del culto protestante, la nueva organización de las lecturas sirve en primer lugar a la instrucción y a la "edificación" de la asamblea». [34]

En la liturgia tradicional, las lecturas se concebían, por tanto, como una «epifanía» y no como una «enseñanza». No se trataba entonces, tal y como pidió el Concilio, de que «en un número determinado de años se leyera al pueblo la parte importante de las Sagradas Escrituras» (*SC* 51). Desde la aplicación de la ley de la *lectio continua,* en particular para los textos del Antiguo Testamento, rara vez existe, en la «nueva liturgia», una relación entre las lecturas y el Evangelio. Además, se ha querido presentar los textos más importantes de los evangelistas en tres años y, por ello, se ha abandonado la ley litúrgica que pretendía ofrecer a los fieles revelaciones de Dios.

«Esta nueva organización ha sido elaborada evidentemente por exégetas y no por liturgistas», señala Klaus Gamber. Pensemos, por ejemplo, en la confesión de Pedro en la que afirma que Cristo es el Mesías. En Mateo, a la pregunta de Cristo, él responde: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»; y entonces Cristo le promete el primado: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra…». En Marcos y Lucas, que se proponen los otros dos años en lugar de Mateo, solo se dice: «Tú eres el Mesías». En este caso, el evangelio ya no es una proclamación; necesita completarse con una predicación exegética para explicar por qué tenemos tradiciones tan diferentes.

---

33 *La reforma litúrgica en cuestión,* Éditions Sainte-Madeleine, 1992, p. 61.

34 *Ibíd.*

He publicado un estudio en el que he intentado analizar cómo, en el rito romano tradicional, las lecturas y los evangelios de la liturgia de Cuaresma preparaban a los fieles para la fiesta de Pascua , [35], con el fin de poner de relieve las relaciones entre los textos y cada una de las celebraciones, y de mostrar hasta qué punto la liturgia tradicional supo combinar diferentes motivos. Las misas de Cuaresma más antiguas eran las que se celebraban los lunes, miércoles y viernes, y estaban concebidas esencialmente para los candidatos al bautismo. Las misas de los martes, jueves y sábados son menos antiguas; su motivo principal es el del sufrimiento, la contrición y la vida cristiana.

La elección de las lecturas de los seis domingos de Cuaresma es especialmente significativa: los evangelios del 1.º, 3.º y 5.º domingo de Cuaresma nos presentan la actitud de rechazo y la lucha contra los poderes opuestos a Cristo; los del 2.º, 4.º y 6.º domingo, en cambio, nos presentan actitudes positivas hacia Cristo. Además, existe una relación interna entre los evangelios del primer y segundo domingo, los del tercero y cuarto, y los del quinto y sexto. En la
«nueva liturgia», nos hemos limitado a conservar la oposición entre los evangelios de los dos primeros domingos de Cuaresma, a saber, la tentación y la transfiguración de Cristo, pero recurriendo, para cada uno de los tres años, a un evangelista diferente; ¡una vez más, la exégesis ha prevalecido sobre la liturgia!

3.5 *La transmisión de la fe en el Canon romano*

Examinemos ahora la transmisión de la fe en la liturgia tradicional y, más concretamente, en lo que constituye su núcleo: el Canon.

Esto es lo que dice el Concilio de Trento sobre el rango dogmático del Canon:
«Puesto que conviene que las cosas sagradas se administren con santidad, y dado que el más sagrado de todos es este sacrificio, para que sea ofrecido con dignidad y respeto, la Iglesia católica instituyó, hace muchos siglos, el santo Canon, tan puro de todo error que no hay en él nada que no respire profundamente santidad y piedad y que no eleve hacia Dios el espíritu de quienes lo ofrecen. De hecho, resulta evidente que se compone bien de las propias palabras de Cristo, bien de las tradiciones de los apóstoles y de las piadosas instrucciones de los santos pontífices». [36]

---

[35] Robert KRAMER: «Vorbereitung auf das Osterfest - Die Lesungen und Evangelien der Fastenliturgie des überlieferten Römischen Ritus als Hilfe für die Vorbereitung auf das Osterfest», en la serie: *Pro Sancta Ecclesia*, n.º 1, Múnich 2001.

[36] Denzinger 1745.

¿Cuáles son las principales afirmaciones doctrinales que nos transmite el Canon romano?

3.5.1 *La Iglesia*

Para Theodor Schnitzler , [37], la idea que predomina en el Canon es la de *la Ecclesia*: «El Canon nos presenta un autorretrato de la *Esposa de Cristo*. En esta hora en que la esposa se dirige hacia las *nuptiae agni* —las bodas del Cordero—, se adorna con todos sus atavíos, como la esposa del Salmo 44» [38]

Esta imagen recuerda la gran visión de santa Hildegarda, en el *Scivias*, donde ella escribe:

> «Vi entonces cómo la mujer que ya había visto [la Iglesia] surgía de repente, como un relámpago de luz, del decreto eterno, y cómo el poder divino la conducía hacia el Hijo de Dios suspendido en la Cruz. Inundada por la sangre que brotaba de la herida del costado y que se elevaba burbujeante, se unía espiritualmente, por voluntad del Padre celestial, al Hijo de Dios y recibía, a modo de precioso regalo nupcial, su santa Carne y su santa Sangre. Entonces oí una voz que venía del cielo y le decía: «¡He aquí, Hijo mío, la prometida que te doy para restaurar a mi pueblo! Que sea su Madre. Yo doy vida a las almas mediante el renacimiento redentor por el Espíritu y por el agua». Entonces la Mujer creció en poder hasta alcanzar la plenitud de sus fuerzas, y luego apareció un altar, hacia el que se dirigía a menudo. No dejaba de mirar con respeto su regalo de boda y lo mostraba con humildad al Padre celestial y a sus ángeles. Entonces apareció un sacerdote, ataviado con las vestiduras sagradas, que se acercó al altar para celebrar los misterios divinos, y en ese momento un destello de luz brotó repentinamente en el cielo. Los ángeles descendieron y la luz inundó el altar. Y así fue hasta que el sacerdote se alejó del altar al concluir el santo sacrificio . [39]

Podemos decir, pues, que el Canon es una confesión de la Iglesia: en efecto, no Encontramos a Cristo únicamente en relación con la Iglesia: *«… quae tibi offerimus pro Ecclesia tua sancta catholica»,* dice el sacerdote en la primera oración del Canon, el *Te igitur. «Ecclesia sancta»:* son palabras que se remontan al siglo III, a la época de los mártires, de lo cual

---

[37] Nikolaus GIHR: *Das heilige Meßopfer dogmatisch, liturgisch und asketisch erklärt,* Friburgo 1922, ediciones 17.ª-19.ª, vol. 1, p. 132

[38] *Ibíd.,* pp. 132-133.

[39] Hildegarda de BINGEN: *Wisse die Wege - Scivias,* Salzburgo 1955 (3.ª ed.), p. 188.

dan testimonio del *«Ecclesia sancta»* que se encuentra en las grandes oraciones de intercesión de la liturgia del Viernes Santo. *«Sancta»* recuerda que esta Iglesia es *«separata a peccatoribus»,* separada de todos los pueblos, llamada a separarse de un mundo pagano sin moral para vivir una vida de pureza y castidad. En el *Gloria* se afirma: *«¡Tu solus sanctus!».* La Iglesia participa de esta santidad de Dios, y quien pertenece a la Iglesia forma parte de aquellos de quienes Cristo dijo, en la Oración sacerdotal: «No son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 16-19) —*«ut sint sanctificati»!*

El otro término es también audaz: *¡catholica!* En la época de los mártires, cuando los cristianos eran muy pocos, este término miraba hacia el futuro; era una confesión, la afirmación de que, algún día, la pequeña semilla de mostaza del Reino de Dios se convertiría en un árbol que se extendería por toda la tierra. Aún hoy, cuando la desintegración de las masas reduce en muchos lugares a la Iglesia universal a un «pequeño rebaño», ese *«catholica»* vuelve a ser una palabra de esperanza y de fe.

Al mismo tiempo, esta «Iglesia santa, católica» es también una Iglesia que ofrece un sacrificio: *«¡Opferimus!».* Pero se precisa: *«Opferimus* pro*».* Este *«pro»* significa, por supuesto, en primer lugar, «por» —por lo tanto, ofrecemos por el bien de la Iglesia—. Pero también se puede traducir como: «en lugar de, en nombre de», en el sentido de: «como representante de toda la Iglesia». Porque, al fin y al cabo, es *la Iglesia* la que ofrece. Aquí encontramos la gran visión de santa Hildegarda, en la que la Iglesia se acerca al altar para ofrecer el sacrificio.

Además, la Iglesia es la Iglesia «una» y «apostólica»: *«una cum famulo Papa nostro… et antístite nostro… et omnibus orthodoxis, atque catholicae et apostolicae cultoribus»* —se trata aquí de todos los obispos del mundo—. La liturgia no la lleva a cabo la «comunidad», sino por «la Iglesia una, santa, católica y apostólica».

El Canon destaca otro rasgo esencial de la Iglesia: esta es «jerárquica»: *«una cum papa… una cum antistite… una cum omnibus… fidei cultoribus»*! Ya Ignacio de Antioquía, discípulo de los Apóstoles, decía: «No está permitido celebrar la ágape sin el obispo».[40] Esta Iglesia jerárquica es una «familia», un «pueblo santo» al que asisten «siervos pecadores», como se dice en el *Hanc igitur* que precede a la consagración: *«servitutis tuae, et cunctae familiae tuae»*; y, tras la consagración: *«nos servi tui, sed et plebs tua sancta»*; y también: *«nobis quoque peccatoribus famulis tuis».* La Iglesia es, pues, la santa

---

[40] *según Sm.* 2.

pueblo de Dios y, al mismo tiempo, es la familia santa de Dios. Como pueblo de Dios, es en cierto modo la heredera del pueblo del Antiguo Testamento; como familia de Dios, está llamada al «Cenáculo», donde, al igual que Cristo lavó los pies a sus apóstoles, los sucesores de los apóstoles y quienes les asisten —los sacerdotes— le brindan un cuidado paternal.

También forman parte de la Iglesia, como bien dice el Canon, los santos: *«communicantes… offerimus».* Podríamos incluso decir que ellos caracterizan a la Iglesia perfecta, pues en ellos ya no hay ni falta ni pecado. A la familia de Dios pertenecen, además, las almas del purgatorio, por las que podemos ofrecer los frutos del sacrificio y que, por su parte, nos prestan su ayuda.

3.5.2 *El sacerdote y el sacerdocio*

En el Canon encontramos profundas palabras sobre el sacerdote. En general, es el sacerdote quien ofrece el sacrificio *«pro Ecclesia sancta catholica»,* representando así a toda la Iglesia. Según un antiguo dicho: *«nemo fit sibi sacerdos* —¡nadie se hace sacerdote por sí mismo!». Del mismo modo, leemos en la Epístola a los Hebreos: «Todo sumo sacerdote, en efecto, [es] tomado de entre los hombres» (Hb 5, 1); ¡solo él, por todos! Lo que se le dijo al sacerdote durante su consagración por parte del obispo, cuando se le entregó el cáliz: *«Accipe potestatem offere* —Recibe el poder de ofrecer el sacrificio», se renueva, en cierto modo, espiritualmente en cada misa cuando, junto con el Papa y su obispo, celebra el sacrificio. En este sentido, es un «siervo»: *«nos servi tui».* ¿Acaso no evocó el propio Pablo la figura del siervo al referirse a Cristo? Inmensa es la dignidad del sacerdote que, *por sí mismo,* no es nada. El sacerdote que quisiera erigirse en «señor» desnaturalizaría por completo el sacerdocio —*¡servitus!*

En el momento de su ordenación, el sacerdote recibió, como misión principal, la de ofrecer el sacrificio, lo cual lleva a cabo *«in persona Christi»* —por el pueblo de Dios—. Él establece el vínculo entre el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Iglesia. Cuando ofrece el sacrificio, al ofrecerse a sí mismo, participa en la ofrenda sacrificial que Cristo hizo de sí mismo y, por ello, se convierte en un modelo para los fieles. *¡Sacerdos et hostia!* Cuando se considera al sacerdote desde esta perspectiva, la imagen del siervo queda despojada de toda referencia a una ocupación servil; no se trata aquí de una actividad puramente social; por el contrario, esta imagen se centra en lo esencial, a saber, la primacía del poder eucarístico y litúrgico pleno.

La oración *«Nobis quoque peccatoribus»* evoca cuatro virtudes que deben caracterizar al sacerdote: la humildad *(peccatoribus),* la confianza *(sperantibus),* la alegría de trabajar en la viña del Señor *(partem aliquam et societatem cum sanctis)* y la aspiración a la santidad (los catorce nombres de santos).

3.5.3 *El sacrificio*

Lo que sorprende en primer lugar en el Canon es que no menciona prioritariamente el sacrificio de Cristo, sino, más bien, el sacrificio de la Iglesia: *«uti accepta habeas… haec dona, haec munera, haec sancta sacrificia illibata».* Esta observación se aplica también a otras palabras del Canon que aluden al sacrificio: *«Hanc oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae»* y: *«quam oblationem*». E incluso después del Canon, cuando se actualiza el sacrificio de Cristo en la Cruz, el sacerdote dice de nuevo: *«de tuis donis ac datis»* —lo que, evidentemente, se refiere a los ofrendas naturales que son el pan y el vino, mediante los cuales la Iglesia expresa su voluntad de ofrecer un sacrificio. Del mismo modo, la oración *Supra quae* se refiere al sacrificio de la Iglesia, que ella pide a Dios que tenga a bien aceptar, tal y como aceptaba los sacrificios de la Antigua Alianza. Y hasta la más solemne de las oraciones de ofrenda: *«Jube haec perferri»,* que se refiere a la ofrenda de la Iglesia y pide que sea llevada al altar celestial. Evidentemente, la Iglesia está tan convencida de la necesidad de hacer suyo el único sacrificio de Cristo, como dice san Pablo, que siempre habla de *su propio* sacrificio. Y cada fiel debe, a su vez, hacer suya esta disposición al sacrificio.

Al mismo tiempo, el Canon dice que el sacrificio de la Iglesia es un sacrificio de súplica, de alabanza y de reparación. El sacrificio se ofrece *pro* —por—; en la oración por los vivos y los difuntos, el sacrificio se califica expresamente de *«sacrificium laudis»*; y, en el *Hanc igitur,* pedimos a Dios que lo acepte *«placatus* —con benevolencia—».

Pero, ¿dónde se menciona el sacrificio de Cristo? ¡En la doble transubstanciación! Esto aún no queda explícito cuando el pan se transforma en el Cuerpo de Cristo, pero queda muy claro en el momento de la consagración del vino: *«qui pro vobis et pro multis effundetur in remissionem peccatorum».* Por eso, precisamente, tras la consagración, el sacerdote dice:
«hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam». Andreas Jungmann dijo de estas palabras que eran «un breve himno al Santísimo Sacramento »[41] porque, aquí, el sacrificio de la Iglesia y el sacrificio de Cristo se funden en uno solo.

---

[41] *Missarum Sollemnia,* vol. 2, pp. 272-273 de la edición alemana.

Se podrían encontrar en el Canon muchas otras afirmaciones doctrinales, por ejemplo, sobre la imagen que ofrece de Dios o de Cristo. Pero nos limitaremos aquí a los ejemplos que hemos dado.

4. Catecismo y liturgia

4.1. *La liturgia en el* Catecismo de la Iglesia Católica

Al igual que en el caso de la confesión de fe, la doctrina de los sacramentos va precedida, en el *Catecismo de la Iglesia Católica,* de una introducción general dedicada a «la celebración del misterio cristiano»: la liturgia de la Iglesia. En efecto, en la liturgia, la Iglesia proclama y celebra el acontecimiento salvífico que ha expresado en su confesión de fe.

Basándose en la teología de los Padres, el concepto de sacramento adquiere un significado más amplio, según el cual toda la acción de Cristo, su proclamación del Reino de Dios y toda su vida se consideran «sacramentos», «misterios». Por eso se llama a Cristo el «sacramento original», y a la Iglesia, que es el misterioso Cuerpo místico de Cristo, el «sacramento fundamental» en el que tienen su raíz los siete sacramentos.

Desde esta perspectiva, se comprende que, en el primer capítulo de esta parte —que presenta una especie de catequesis fundamental—, el *Catecismo* hable de la «economía sacramental» de la salvación y presente la liturgia como una obra de la Santísima Trinidad (1077-1112); partiendo de ahí, nos ofrece una visión general de los sacramentos y de todo lo que estos tienen en común en la doctrina y en cada celebración (1113-1134 y 1135-1199). A continuación, al presentar cada uno de los sacramentos en particular, los agrupa en «sacramentos de iniciación cristiana» —el bautismo, la confirmación y la eucaristía—, «sacramentos de sanación» —la penitencia y la unción de los enfermos— y «sacramentos del servicio a la comunión» —la ordenación y el matrimonio—. Para cada sacramento, el texto ofrece en primer lugar una explicación del nombre; a continuación, se presenta el sacramento en cuestión en su dimensión histórica, es decir, con su significado en la Antigua Alianza, su arraigo en la vida de Cristo y su desarrollo en la Iglesia. Esta presentación catequética se sitúa siempre en el marco de la celebración litúrgica y concluye con algunas observaciones relativas a quien recibe el sacramento, a quien lo administra y a sus efectos salvíficos. Al igual que el *Catecismo Romano,* el *Catecismo de la Iglesia Católica* menciona también la práctica sacramental de las Iglesias locales.

En lo que respecta a nuestro tema: «Liturgia y catequesis», la forma en que el *Catecismo* presenta el sacramento de la Eucaristía da pie a la reflexión. Afirma, en primer lugar,

, en primer lugar, que «la Sagrada Eucaristía culmina la iniciación cristiana» (1322), y cita al respecto el documento conciliar *Sacrosanctum Concilium*: «Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre para perpetuar el sacrificio de la Cruz a lo largo de los siglos, hasta que Él venga...» (*SC* 47). Así pues, la celebración de la Eucaristía se entiende y se presenta claramente como «sacrificio».

Sin embargo, este documento ya no menciona esta dimensión cuando, a continuación, presenta la Eucaristía como «fuente y culmen de la vida cristiana»: aquí se hace hincapié en la «participación en la vida divina».

En la explicación que ofrece el *Catecismo* sobre las diferentes denominaciones de este sacramento, se observa que primero se habla de la «Eucaristía», luego de la «cena del Señor» —con la mención de la «Última Cena» (¡aunque la Pascua judía no fuera una simple «comida»: según Éxodo 12, 27, se trataba de un «sacrificio pascual en honor de Yahvé»!); a continuación aparecen los términos «partimiento del pan», «asamblea eucarística (synaxis)»; solo entonces se dice que es el «memorial de la pasión y la resurrección del Señor», un «Santo Sacrificio» —«santo sacrificio de la Misa», «sacrificio de alabanza», «sacrificio espiritual», «sacrificio puro y santo»—, antes de pasar a otras denominaciones.

La parte histórica recuerda las numerosas menciones al pan y al vino en la Antigua Alianza, y luego en la vida de Jesús (las bodas de Caná, la multiplicación de los panes), antes de que se narre la institución de la Eucaristía. Cabe destacar aquí que, mientras que Lucas siempre habla de «la Pascua», aquí siempre se hace referencia a la «comida pascual». Las palabras: «Haced esto en memoria mía» no se interpretan como referidas al sacrificio, sino como un simple recordatorio de la cena.

La celebración de la Eucaristía, «la misa de todos los siglos», se nos presenta en primer lugar en su estructura fundamental: liturgia de la Palabra y celebración de la Eucaristía, y se subraya claramente que corresponde a la «cena pascual» de Jesús con los discípulos de Emaús. A continuación se nos presenta «el desarrollo de la celebración», en el que, «con la plegaria eucarística, plegaria de acción de gracias y de consagración, llegamos al corazón y al culmen de la celebración» (1352). En cuanto a la consagración, se dice textualmente: «En el relato de la institución, la fuerza de las palabras y de la acción de Cristo, y el poder del Espíritu Santo hacen que su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la Cruz de una vez por todas, estén sacramentalmente presentes bajo las especies del pan y del vino» (1353).

Se ve, pues, que, ontológicamente, la Eucaristía se presenta como un «sacrificio sacramental —acción de gracias, memorial, presencia—». La Eucaristía es, por tanto, a la vez un «sacrificio de alabanza en acción de gracias», un «memorial», es decir, «la actualización y la ofrenda sacramental [...] de la Iglesia, que es [el] Cuerpo [de Cristo]», entendiéndose que, en este contexto, «hacer memoria» no es solo «recordar», sino «representar», es decir, «hacer presente», «actualizar» (el sacrificio en la Cruz consumado de una vez por todas); y, por último, la Eucaristía es una «presencia», es decir, «la presencia de Cristo por el poder de su Palabra y del Espíritu Santo», a propósito de la cual se cita al Concilio de Trento, que afirmó que en el santísimo sacramento de la Eucaristía están «contenidos verdadera, real y sustancialmente el Cuerpo y la Sangre, junto con el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, a Cristo entero » (1374).

A continuación se tratan los frutos de este sacramento, que tienen todos como fin «la unión íntima de los fieles con Cristo mediante la comunión» (1382).

A modo de resumen de esta presentación de la doctrina de la Eucaristía, no podemos dejar de constatar que, si bien subraya su carácter sacrificial, concede al «concepto de la comida» una importancia desmesurada.

4.2 *Introducción catequética de los jóvenes a la liturgia: la Santa Misa como actualización del sacrificio de la Cruz*

En una última etapa, intentaremos ilustrar la introducción catequética de los niños y adolescentes a la liturgia tomando como ejemplo un aspecto concreto del sacramento de la Eucaristía, a saber, la afirmación de que, en la Santa Misa, se actualiza el sacrificio de Cristo. Sobre este punto, me limitaré a ofrecer algunas indicaciones importantes de carácter didáctico y metodológico.

4.2.1 *Presentación narrativa (de 10 a 13 años)*

Comencemos por los niños de 10 a 13 años. En términos generales, puede decirse que, en este grupo de edad, los niños tienen una concepción notablemente realista del mundo (de su entorno), que va acompañada de multitud de ideas particulares. A esta edad, los niños sienten gran interés por la realidad y están deseosos de aprender. La reflexión teórica empieza a distanciarse de la reflexión práctica, pero debe seguir basándose en ejemplos: los niños aún no tienen apenas capacidad de abstracción. Por eso, las verdades del catecismo deben transmitirse a través de historias.

En este sentido, no basta con decir que el sacrificio de Cristo se actualiza en la misa; esta afirmación debe ir acompañada de un relato ilustrativo, cuyo punto de partida será la misa. Aquí, el sacerdote habla del «relato de la Institución». Este texto debe situarse en el contexto de los relatos bíblicos: ¿en qué consistió aquella cena durante la cual Jesús tomó el pan? ¿Cómo preparó Jesús aquella velada? ¿Cuál es, para los judíos, el significado y la importancia de la Pascua? (Importante: ¡la *Pascua* no era una simple cena, sino un sacrificio! Cf. Éxodo 12, 27). ¿Qué hizo Cristo después de esa cena (el lavatorio de los pies; luego introdujo algo nuevo: «Este es mi cuerpo, entregado por vosotros —Esta es mi sangre, derramada por vosotros»)? Dibujamos una mesa sobre la que hay un plato con pan y una copa. A continuación, preguntamos: «¿Qué veía Cristo cuando habló de su cuerpo y de su sangre?» —Su propia muerte, al día siguiente. Junto al dibujo de la mesa, dibujamos la cima de una montaña en la que se alza una cruz. Luego, debajo de estos dos dibujos, dibujamos una mesa sobre la que están colocados la patena y el cáliz y, entre ambos, una cruz. Dos flechas que parten de los dibujos de arriba —el de la mesa y el de la cruz— y llegan hasta el dibujo de abajo, lo que significa que tanto el acontecimiento del Jueves Santo como el del Viernes Santo están presentes, son actuales, en la transubstanciación que tiene lugar durante la misa. Para terminar esta lección, se puede aprender una canción .[42]

4.2.2 *Enseñanza temática para jóvenes de 14 a 17 años*

Para los jóvenes de entre 14 y 17 años, la adolescencia supone una ruptura con la infancia; se van formando en el pensamiento abstracto y lógico y descubren su yo, lo que va acompañado de una inestabilidad afectiva. «¿Qué me aporta esto?»: esta es una pregunta que se plantean a menudo, lo que indica que el joven ya no se conforma con recibir pasivamente conclusiones prefabricadas, sino que quiere descubrirlas por sí mismo.

Para la catequesis en este grupo de edad, sería necesario, de hecho, conocer bien la «ciencia de las motivaciones» *(Motivationslehre)* a fin de comprender bien qué es lo que convence a los alumnos a asistir a las clases de educación religiosa. He formulado, dirigido a los centros de formación continua para profesores de religión de los institutos de secundaria, doce principios para una enseñanza religiosa motivadora, y voy a retomar aquí uno de ellos, que he redactado así: «A cada

---

[42] En Baviera, el rico repertorio de canciones populares nos ofrece, a este respecto, una canción cuya letra y melodía gustan mucho a los niños —véase Joseph Gabler: *Für mich nahmst du das Kreuz auf dich,* Ratisbona 1890, n.º 142: *«Für mich nahmst du das Kreuz auf dich, ¡oh, mi Jesús! ¡La cruz que llevas me conmueve, oh, mi Jesús! Oh, mi Salvador, mi Redentor de la muerte, sálvame de toda angustia, oh, mi Jesús»* [«Por mí, te cargaste con tu cruz, ¡oh, mi Jesús! / ¡La cruz que llevas me duele, oh, mi Jesús! / Tú, mi Salvador, que me arrancas de la muerte / ¡Sálvame de todo mal, oh, mi Jesús!»] (este canto consta de 6 estrofas).

clase, preparar y presentar el tema que se va a impartir con ayuda de las cinco preguntas de profundización definidas por Hans Schiefele ».[43]

El objetivo es, por tanto, el siguiente: cómo presentar a los alumnos un tema de manera que se les anime a aprenderlo. 1.ª pregunta: ¿Cuál es *el fondo* del tema? – Se trata de resumir el tema en pocas palabras para que pueda percibirse fácilmente. 2.ª pregunta: ¿De qué forma puede *percibirse* este tema? – Se trata de mostrar el tema en su «realidad». 3.ª pregunta: ¿Cuál es la *pregunta* que plantea este tema y cuál es la *respuesta* que se da a dicha pregunta? – Se trata de mostrar el origen del tema. 4.ª pregunta: ¿En qué me concierne este tema? – Se trata de destacar el aspecto humano del tema. 5.ª pregunta: ¿Cómo se *ha plasmado* este tema *en la práctica*? – Se trata de ilustrar, con ejemplos, el impacto que ha tenido este tema en la historia.

1. ¿Cuál es *el fondo* del tema? – En el caso que hemos elegido, podría formularse así: cada misa es la actualización del sacrificio de Cristo en la Cruz, que tuvo lugar históricamente de una vez por todas.

2. ¿De qué forma puede *percibirse* este tema? – El mandato de Cristo: «Haced esto en memoria mía», y su aplicación en el rito de la Misa (casi puramente verbal en la «nueva liturgia», pero expresado muy claramente en la liturgia tradicional).

3. ¿Cuál es la *pregunta* que plantea este tema y cuál ha sido la *respuesta* dada a dicha pregunta? – Cristo: «¿Cómo hacer que el hombre se beneficie de mi sacrificio redentor?». La respuesta es la ofrenda gratuita del sacrificio eucarístico, en el que el sacerdote y cada fiel deben unirse a Cristo en la entrega que Él hace de sí mismo al Padre.

4. ¿En qué me concierne esto? Si no quiero perderme, yo también necesito la redención.

5. ¿Cómo se ha *plasmado* este tema *en la práctica*? En cada uno de los ritos se ha intentado transmitir «catecéticamente» este don de Cristo. – Aquí cabría introducir la distinción entre «nueva liturgia» y «antigua liturgia».

Para transmitir pedagógicamente la afirmación: «La misa es la actualización del sacrificio de Cristo en la cruz, que tuvo lugar históricamente de una vez por todas», se pondrá de relieve el hecho de que todos necesitamos la redención, ser liberados —de la enfermedad, de la miseria, de la muerte—. Todo el mundo quiere vivir plenamente: «¡Lo importante es tener salud!». ¿Es eso realmente cierto?

---

[43] Hans SCHIEFELE: *Lernmotivation und Motivlernen - Grundzüge einer erziehungswissenschaftlichen teoría de la motivación,* Múnich 1974.

Lo que nos ofrece Cristo: ¿Qué vida nos ofrece Él? «Yo soy la vida». «Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos». «Quiero que tengáis vida, y que la tengáis en abundancia». Lo que nos ofrece es «la vida eterna». Quizá también: «¿Qué debo hacer para tener la vida eterna?» —y la respuesta de Cristo: «¡Vende todo lo que tienes y sígueme!» O también: «Solo tú tienes las palabras de la vida eterna». O, incluso, la doctrina de los dos caminos: elige entre la vida y la muerte.

«La noche en que fue entregado»: ¿qué nos dio Cristo aquella noche? La respuesta es la Eucaristía: sacrificio y comunión.

Para ver qué forma ha dado la Iglesia a este mensaje, basta con considerar el rito de la misa; además, se podría mencionar la forma en que algunos han vivido este rito: Charles Foucauld o el Padre Pío.

Podríamos terminar esta lección con tres o cuatro ilustraciones de la crucifixión que muestren cómo diferentes artistas han intentado representar la redención por medio de Cristo.

4.2.3 *Orientación conceptual para jóvenes de entre 18 y 20 años*

Por último, en el caso de los jóvenes adultos, la transmisión de la fe debería relacionarse con la cuestión del sentido de la vida y la de los valores, con el fin de permitirles formarse una concepción del mundo. Sin embargo, no basta con hacer una presentación puramente sistemática —para ello habría que definir su marco—; esta presentación debe realizarse de manera «orgánica» y, por lo tanto, debe incluir la dimensión afectiva. Una buena forma de ilustrar los valores aplicables al mundo de los sentimientos consiste en presentar algunos ejemplos concretos.

Veamos con más detalle cómo presentar a los jóvenes de esta franja de edad la afirmación: «La misa es la actualización del sacrificio de Cristo en la cruz, que tuvo lugar históricamente de una vez por todas».

Podríamos tomar como punto de partida el relato de la conversión de Charles de Foucauld [d44] y completarlo con un extracto de la carta en la que habla de su vocaci on.[45] Para llegar a la fe, a Charles de Foucauld no le bastó con reflexionar, sino que también tuvo que confesarse (Cristo: «El que hace la verdad viene a la luz —Jn 3, 21—»; y la fe viva en Dios le llevó inmediatamente a seguir a Cristo sin condiciones «para hacer de

---

[44] Por ejemplo, en M. CARROUGES: *Charles de Foucauld,* Friburgo 1958, del que se pueden encontrar extractos en: *Religion am Gymnasium* 10, Múnich 1984, pp. 9-10.

[45] «Carta a Henry de Castries» del 14 de agosto de 1901, citada en: *Jesus Caritas,* n.º 1 (1962), p. 32; citada en: *Grundkurs Religion* 3, 3.º semestre, Múnich 1978, pp. 128-129.

«hacer el bien a las almas, no con la palabra, sino con la oración, la ofrenda del sacrificio de la misa, la contrición y el ejercicio de la caridad». [46]

En una segunda etapa, se podría reflexionar sobre «una vida al margen de la Eucaristía» [47]: un hambre insaciable de prestigio, de poder, de seguridad y de amor, la necesidad de comprender; todo ello impregna la vida del hombre. Pero, detrás de ese hambre y esos deseos, detrás del objeto de ese hambre y esos deseos, siempre está la muerte, que está en todas las cosas y que lo pone todo en tela de juicio, como dice Elsa Laker-Schüler en su poema: *«Escucha, Dios*» .[48] Y, sin embargo, la respuesta existe: «Yo soy el pan de vida» (Jn 6, 51), dice Jesús. En estas palabras se dice todo sobre la vida y la muerte: unos se alejan de él, otros se unen más a su alrededor (Jn 6, 66-69). Aquel que cura a los enfermos, libera de los demonios a los poseídos y resucita a los muertos puede afirmarse con razón como la fuente de la vida. Así, en la Eucaristía, Jesús nos permite hacer realidad aquello a lo que aspiramos: estar junto a Dios (en el Paraíso). Participamos de la vida divina —algo que no existe en ningún otro lugar—. En la Eucaristía, llegamos incluso a incorporarnos al sacrificio de Jesús, lo que significa que no se trata de un proceso interior evidente, sin problemas ni consecuencias, sino que es verdaderamente una cuestión de vida o muerte . [49]

En una tercera etapa, habrá que abordar el misterio central de la Misa, que no reside en la comunión, sino en la actualización del sacrificio de Cristo en la Cruz (véase, a este respecto, el texto de la visión de santa Hildegarda en el apartado 3.5.1). Lo que realiza el sacerdote *in persona Christi* en el momento de la consagración, es decir, la ofrenda de sí mismo a Dios Padre, debemos hacerlo también nosotros por nuestra parte, si nos tomamos en serio las promesas de nuestro bautismo y la llamada que se nos hace a seguir a Cristo (véase Charles de Foucauld).

---

[46] *Ibíd.*

[47] Véase Robert KRAMER: «Leben aus der Eucharistie», en: *Grundkurs Religion* 3, 3.° semestre, *Die Frage nach dem Menschen,* bajo la dirección de Robert Kramer, Múnich 1978, pp. 143-145.

[48] Else LASKER-SCHÜLER (1846-1945): *Gott hör: «Um meine Augen zieht sich die Nacht / Wie ein Ring zusammen. / Mein Puls verwandelte das Blut in Flammen / Und doch war alles grau und kalt um mich. —Oh Dios, y en pleno día / sueño con la muerte. / En el agua la bebo y la ahogo en el pan. / Para mi tristeza no hay medida en tu balanza. — Dios, escucha... En tu color azul favorito / canté una canción sobre el techo de tu cielo — / y, sin embargo, no desperté el día en tu aliento eterno. / Mi corazón casi se avergüenza ante ti de su cicatriz sorda. —¿Dónde termino? —¡Oh, Dios!! Porque en las estrellas, / también en la luna miré, en todos los valles de tus frutos. / El vino tinto ya se vuelve rancio en su baya… / Y por todas partes —la amargura— en cada semilla.»*

[49] He presentado las ideas de este texto en forma de cuadro en un cuaderno didáctico que acompaña a mi libro: **Die Frage nach dem Menschen***, publicado por el Katholischer Schulkommissariat II de Baviera (Múnich, 1988).

Para concluir, se podría concretar la reflexión con ayuda de una ilustración o un cuadro, por ejemplo, **El loco en Cristo** de Siegfried Köder , [50], que representa a un hombre vestido con un traje de loco y atado boca abajo a una cruz clavada en medio de la arena de un circo, expuesto a la vista de una multitud de espectadores. A partir de este cuadro, podríamos preguntarnos: «Nosotros, los cristianos, ¿somos, en definitiva, unos "locos" en este mundo? —¿Y por qué no?— No es imprescindible ser crucificado boca abajo como Pedro. – Pero sí es más fácil verse relegado al «último lugar». Si «seguir a Cristo» significa entrar en la comunión de vida y destino de Jesús, entonces tampoco hay que tener miedo de entrar «en la arena» del mundo y convertirse en un «objeto de espectáculo para el mundo». » «La sabiduría de este mundo es locura ante Dios» (1 Co 3, 15), nos dice precisamente san Pablo. Pero lo contrario también es cierto: la locura de este mundo es sabiduría ante Dios. En este mundo, mejor ser un «loco en Cristo» que un supuesto sabio que se deja llevar por cosas pasajeras —para la eternidad.

5. **Seguir a Cristo**

El tema de nuestra ponencia era: «Liturgia y catequesis»; se aprecia de inmediato la relación con el «seguimiento de Cristo». En primer lugar, está la llamada de Cristo y su actuar; de nosotros depende tomar partido por Cristo. En la liturgia, es ante todo Cristo quien actúa y llama; a través del rito en cuya celebración participamos y mediante la entrega de nosotros mismos, participamos en la obra de redención universal de Cristo y, en cierto modo, completamos lo que aún falta a los sufrimientos de Cristo. Si logramos despertar en los jóvenes el interés por Cristo, suscitaremos también en ellos el deseo de entrar en la comunión de destino y de futuro de Cristo. Para alcanzar este objetivo, es importante participar en la liturgia, y por eso es tan importante que, cuando los iniciemos en ella, lo hagamos con mucho cuidado.

---

[50] *«El necio en Cristo»,* en: *Tübinger Bibel in Bildern,* Katholisches Bibelwerk, Stuttgart 1977.